una palabra, D. Máximo habia venido al mundo para ver lo que hacen los demas.

Su amistad con D. Antonio no tenia otro orígen que la curiosidad: desde el momento en que supo que D. Antonio era curioso, estrechó con él sus relaciones, y de la noche á la mañana é incesantemente, D. Máximo no se ocupaba sino de aquello que menos relacion tenia con su persona: hacia apuntes, consignaba fechas, y llevaba la crónica del pueblo con toda la exactitud del mas laborioso compilador.

A D. Máximo le debemos los apuntes de esta historia, en la que nos permitimos dar un lugar al mismo compilador, reservándole en esto una sorpresa para cuando este libro llegue á sus manos.

Pero con la confianza de que no podrá desmentirnos, no hemos vacilado en describirlo como tipo curioso, y porque en realidad D. Máximo es sin disputa una de las gentes "que son así;" y que por lo tanto no se puede eximir de figurar entre las figuras que alumbra nuestra linterna.

CAPITULO X.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS DOS COMPADRES.

DON Máximo tenia razon.

No era sino un niño lo que aquella muger llevaba oculto; solo que la rapidez de la carrera, la ráfaga de luz, y la velocidad con que pasó la escena que vamos á describir, le impidió conocerla á D. Máximo con todos sus detalles.

La muger al sentirse perseguida y llevando en brazos aquel niño recien nacido, y que sin compasion estaba resuelta á abandonar, segun las instrucciones que habia re-

cibido, y con las instrucciones una regular propina; la muger, deciamos, viéndose perseguida pensó tomar el campo á toda costa.

El ruido de su carrera obligó al maestro herrero, que á la sazon daba vuelta á la llave de su puerta, á detenerse en en esta operacion, y al sentir que quien corria se aproximaba abrió la puerta: la muger puso al niño en el suelo á los pies del herrero y siguió corriendo.

El herrero se adelantó, recogió al niño, y se cerró la puerta por su propio peso.

En este momento se paró D. Máximo y todo quedó en silencio.

D. Máximo regresó, y al volver la espalda al lugar de la escena, el herrero entró con el niño en su casa.

La muger del herrero contempló estupefacta á su marido arrullando á un recien nacido.

—¿De quién es ese niño? preguntó próxima á ponerse fuera de sí.

—¡Mio! exclamó el herrero con una alegría casi paternal.

—¡Infáme! exclamó la muger del herrero con una voz casi de fiera.

—Entendámonos, muger; este niño acaba de ser abandonado á nuestra puerta.

—¿Por quién?

—Por una muger que corría.

—¿Oiga?

—La verdad.

—Esas serán tus salidas de noche.

—No.

—No, eh? ya nos comeremos el gallo!

—Sí, pero entre tanto hagamos algo por este niño: no ha vuelto á llorar, y esto es extraño: está frio y es tan chiquito!

—¡Que clase de madre será esa! no sé como ha podido ser de tu gusto; porque lo que eres tú tendrás malos gustos pero no mal corazon.

—Vamos, vamos, muger, no hay que andarse con sandeces á estas horas; nuestro deber es socorrer á esta criaturita y no dejarla morir de frio y de hambre; que en cuanto á su procedencia ya quedará tiempo para averiguarla.

Pronunció el herrero con acento tal de seguridad estas palabras, que la muger se tranquilizó un tanto, y se prestó, aunque refunfuñando, á ayudar á su marido.

—Mira, muger, este niño debe ser hijo de alguna madre desgraciada que no puede lucirlo como nosotros á los nuestros; se conoce que la muger que lo llevaba tenia intenciones de tirarlo en la zanja; pero Dios me inspiró para abrir la puerta á tiempo, y la muger sorprendida soltó la prenda.

—¿Y todo eso á qué viene? preguntó la muger.

—Viene á que es necesario ocultar este niño y á que no se sepa que está aquí.

—Al contrario, es necesario avisarle al señor prefecto para que tome sus medidas y nos quiten este engorro.

—No seas cruel, muger, y piensa en que á estas horas la madre de este niño llora y se aflije.

—No lo creas; las madres que lloran por sus hijos, no los tiran.

—Pero si esa madre es una señora..... casada, por ejemplo, que no pueda.....

—¿Y eso á nosotros qué nos importa? que sea todo lo que quiera ser; pero no debemos nosotros cargar con pecados agenos.

—¡Pero las buenas acciones, muger, las buenas acciones!

—¡Para buenas acciones estamos ahora, que el obrador está como si se hubieran muerto todos los caballos del mundo!

—A pesar de todo, es necesario no tener mal corazon y tal vez nos agradecerán algun dia lo que hacemos por este niño.

—¿Tú crees todavía en eso? Haz beneficios y verás lo que sacas.

—El gusto de hacerlos; muger, me estás escandalizando.

—Y tú me estás dando en que pensar volviéndote tan bueno con motivo de ese niño, por quien te interesas mas de lo que conviene á un hombre casado y con obligaciones.

—Me intereso por el niño por humanidad, y creo necesario ocultarlo porque nadie nos autoriza para producir un escándalo y quitarle el crédito.....

—¿A quién? se apresuró á preguntar la muger del herrero, pretendiendo hacerlo caer.

—¿A quién? eso es lo que yo no sé ni puedo saberlo; pero sea quien fuere, debe ser una persona que tiene poderosos motivos para ocultarse.

—¿De mí?

—De tí y de todos, y de mí tambien.

—¡Ah! creia yo que de tí no tendria que ocultarse.

—¡Cállate!

—¡Hola, hola! ¡te incomodas! ¡me alzas el gallo! ¿Y así no quieres que sospeche? ¡Pues estamos lucidos! Todo esto corrobora mis sospechas y á mí no me envuelves; viejo y todo como eres no me la das, porque las mugeres pecamos de malicia; á mí no uenga vsted con huevas, maestro herrador, y usted y esa criatura pueden ir saliendo de mi ca-sa, ó armo una que se suene por todo el pueblo.

El herrador arrullaba entre tanto al niño, y solo contestaba á su muger con una mirada de cólera.

—En resumidas cuentas, dijo el herrador al cabo de un rato, ¿no te prestas á socorrer á esta criatura? ¿no tienes corazon? ¿estás celosa? ¿sospechas de mi fidelidad? ¿crees que es mio este niño? Pues bien, aunque no lo es, lo adopto; lo declaro hijo mio y lo cuidaré para que no se muera; á tí nada te deberá, y cuando crezca, cuando comience á hablar, yo solo le oiré decir papá, y no le enseñaré á decir madre, supuesto que no la tiene; yo lo cuidaré, yo le proporcionaré alimento y todo lo que necesi-

te sin deberte á tí nada, ni una mirada para el angelito... ¡Ah! si lo vieras!..... pero no lo verás..... está abriendo los ojitos; estoy seguro de que si pudiera hablar, me diría: ¡muchas gracias, señor herrador! ¡usted es mi padre, porque á usted debo la vida! Ya oyes esto? pues así lo he de oir yo de sus lábios cuando lo enseñe á hablar. No, no es tu hijo ni lo será nunca; y á la verdad yo tampoco quiero proporcionarle al inocente una madre como tú, que antes de tener corazon de madre, tiene celos de tonta.

La muger del herrador no contestó una sola palabra, porque las razones de su marido tenian un valor que ella no podia desconocer.

El herrador, que habia tenido cinco hijos, conocia todo ese formulario de recursos que se necesitan para que se logre el ser humano; el hombre orgulloso y que se declara sin embarazo ni modestia despues de la papilla señor de la creacion.

El herrador atendió, con solicitud verdaderamente paternal, al tierno niño en presiencia de aquella muger, para quien cada solicitud de su marido á la criatura era un reproche para ella; pero cuyo reproche afrontaba vigorizada con el poderoso estímulo de los celos.

Al dia siguiente D. Máximo, para quien era imposible prescindir de hacer investigaciones sobre cualquier misterio que le saltaba á los ojos, se levantó de madrugada y dirigiéndose al lugar en donde segun su apreciacion,

se habia perdido la muger misteriosa, fué, de puerta en puerta, preguntando hasta dar con el herrador.

—¡Buenos dias dé Dios á usted, maestro!

—¡Buenos dias, D. Máximo! Es un milagro verle á usted en la casa de los pobres.

—El pobre soy yo, maestro.

—¿Por qué, D. Máximo?

—Cuidados que no faltan.

—¿Le ha sucedido á usted algo?

—Vea usted, maestro, anoche.....

El maestro herrador se puso sobre sí, y como estaba enterado de la fama de curioso de que gozaba D. Máximo, estuvo listo para disimular y ser discreto.

Fingió el herrador sorprenderse del relato de D. Máximo, y tuvo acierto para desorientarlo completamente.

Don Máximo, por su parte, experimentó un verdadero disgusto al perder la pista, pues el maestro herrador era el último en quien tenia fundadas todas sus esperanzas; de manera que se volvió contrariado y cabizbajo, y meditando poner en ejecucion algun otro plan que diera por resultado apoderarse de la clave de tantos misterios.

La muger del herrador fué cediendo poco á poco y prestándose á complacer á su marido, y á prodigarle cuidados al recien nacido.

Pasaron dos meses y ninguno de los vecinos del herrador se apercibió de que en la casa habia un niño.

La muger del herrador tuvo un dia una conferencia con el cura del pueblo en el confesonario, sobre el parti-

do que debia tomarse para bautizar al niño en secreto: arreglóse todo, y una noche el herrador y su muger entraron por la casa del curato, y atravesando la nave de la iglesia, que no estaba iluminada mas que por una lámpara, se instalaron en el cuadrante para esperar al cura.

Allí recibió el niño el agua del bautismo y el nombre de Gabriel con que le hemos conocido.

CAPITULO XI.

EN EL CUAL CONOCERÁ EL LECTOR LOS PODEROSOS MOTIVOS QUE TUVO GOMEZ PARA NO CONCURRIR A LA CITA DE SALOMÉ.

HACIA ocho dias de aquel en que hemos visto á Gomez hablando con Salomé, que el Pájaro, Gomez y dos compadres mas, habian desbalijado á unos pasajeros muy conocidos del Pájaro, pero á quienes Gomez tenia el honor de ver por la primera vez.

Aquel golpe puso á Gomez en posicion de una buena suma, que desde luego dedicó á la formal instalacion de Salomé en un pueblo, supuesto que era punto enteramente resuelto el de unirse conella.

Tomadas por Gomez todas las medidas conducentes, emprendió el camino en compañía del Pájaro y un criado, que conducia un caballo para Salomé.

Ninguna sospecha abrigaba el Pájaro de que pudiera ser perseguido, pues segun todas las noticias que hasta entonces habia recibido, el último robo habia quedado impune, pues los robados no se habian tomado el trabajo de dar parte á la autoridad próxima.

De manera que, caminando confiados Gomez y el Pájaro, no pensaban sino en la luna de miel que le esperaba á Gomez.

Pero al atravesar un estrecho sendero con un despeñadero por un costado y los crestones de la montaña por el otro, se vieron sorprendidos por una fuerza que les marcó el alto.

El Pájaro, mas avezado y mas tranquilo en lances de esta especie, sacando su espada, disparó su caballo contra sus perseguidores, tiró algunos tajos á derecha é izquierda, hirió á dos y logró escaparse; mientras que Gomez que no tuvo tiempo ni de mover su caballo, ni de sacar la pistola de la funda, recibió sin defenderse los golpes de sus adversarios, quienes, tratándole como bestia feroz, lo machetearon hasta dejarlo sin sentido.

Medio muerto fué conducido al pueblo de donde acababa de salir, y no estuvo en disposicion de darse cuenta de lo que le habia pasado, hasta el dia siguiente dentro de los muros de la cárcel.

La curacion y las primeras diligencias duraron dos meses, al cabo de los cuales fué conducido Gomez, bajo segura custodia, á la cabecera del distrito y de allí á la cárcel del Estado.

Faltaba al carácter de Gomez para llegar á su punto definitivo, esa série de trámites por que pasa el reo, esa larga sucesion de humillaciones repugnantes, esas cien miradas escudriñadoras que lo devoran, y todo ese conjunto de impotencias embotadas contra la férrea mano de una justicia despreciable para el reo y tan odiosa cuanto irresistible.

Las miradas de Gomez eran las del basilisco, y dia á dia se recrudecia en su prision su ódio contra los que lo aprisionaban. Ni por un momento se figuró que aquel seria su destino definitivo, sino todo lo contrario, abrigaba una esperanza, ó mejor dicho, una conviccion profunda de que aquel estado en que se encontraba seria transitorio, y sufria su prision y reprimia su impaciencia seguro de que llegaria el dia de la libertad y la venganza.

Gomez adquirió esa mirada impasible, esa calma impenetrable del criminal, cuyas pasiones, cuyo orgullo lo colocan, al menos para sí mismo, mas alto que la justicia y sus recursos.

Gomez contestaba tranquilamente los interrogatorios, y su estoicismo hacia vacilar muchas veces á los jueces. Por supuesto que á Gomez no le pudieron arrancar jamas una confesion, y todas las pruebas que hasta entonces se habian podido aducir contra él, eran sacadas por induccion, pero no directas ni irrefragables.

No obstante, Gomez pasó año y medio en la cárcel sin que su causa se hubiera podido concluir.

Pero el dia que Gomez menos lo esperaba, despertó al estruendo de las armas y en medio de una estupenda gritería; se levantó, se dirigió á la puerta de su calabozo para espiar por la cerradura, y notó que la puerta estaba abierta; salió y vió á sus compañeros de prision precipitarse hácia la puerta y él hizo otro tanto.

Estaba en la calle: se oian disparos de fusil por todas partes y no sabia que partido tomar ni de lo que se trataba; cayó herido á sus piés un soldado, y Gomez le quitó el fusil y unos cartuchos, y se alejó del lugar de la cárcel; atravesó una calle y vió á uno de los dependientes del juzgado que salia á caballo de una casa: lo conoció Gomez, tendió el fusil y dejó ir el tiro: el dependiente se llevó las manos al estómago, se inclinó hácia delante y cayó del caballo; Gomez se precipitó hácia su víctima y de un salto lo reemplazó en el lomo del animal, que iba á correr al sentirse libre.

Un momento despues, Gomez se incorporaba á la fuerza que habia asaltado la ciudad; y desde ese momento se consideró tan salvador de la patria como cualquiera otro.

Graduado por él mismo de capitan de auxiliares del ejército, se presentó al coronel, quien lo hizo desde luego su ayudante; y Gomez, colmando de bendiciones á la guerra civil, se puso de parte de esos que nos están haciendo

felices todos los dias, y á quienes la patria debe estarles tan agradecida.

La fuerza salvadora á que pertenecia Gomez, comenzó desde aquel momento á moverse sin cesar, alejándose mas y mas de la angustiada Salomé.

Gomez tuvo ocasion de aprender la táctica y la ordenanza de guerrilla, y comprendió que la posicion á que podia aspirar, merced á las inmunidades del oficio, era con mucho, superior á la que hasta entonces habia guardado en su calidad de simple ladron de camino.

Gomez pensó que saquear una hacienda, plagiar á un rico y hacer una requisicion de caballos, eran cosas productivas, que ademas de proporcionarle todas las comodidades á que se habia ya acostumbrado, tenian la ventaja de ceder en beneficio de *sagrada causa*; y llevaban en sí un sello tan marcado de patriotismo y otras virtudes, que aquello que antes le habia echado en cara la pícara de la justicia, ahora se lo estaba agradeciendo la buena de la patria.

No necesitaba tanto la oscura conciencia de Gomez para tranquilizarse en materia de mal obrar; pero con semejante piedra filosofal, abonó desde entonces Gomez todos sus crímenes al *haber* de sus distinguidos servicios como patriota.

Gomez era una de esas autoridades invulnerables y absolutas compuestas de una pistola, un caballo y un hombre, y tenia, sobre los apaches, la ventaja de haber aprendido á firmar; sobre los ciudadanos, la de tener derechos

y no tener obligaciones; sobre los hombres honrados, la de no tener taxativa; sobre los militares, la de no tener honor militar, quisicosa que ha engendrado tantos hechos heróicos; y en una palabra, José María Gomez era todo lo que queria ser, y "*era así.*"

El homicidio no tenia para Gomez mas significacion que el de un procedimiento: un tiro de su revólver era el acento agudo de alguna de sus frases.

Al principio mandaba fusilar, y despues fusilaba; encontrando mas expeditivo convertirse en fiscal, juez y peloton á un mismo tiempo en óbvio de trámites.

Entraba á un pueblo: lo vió un hombre:

—Cojan á ese, dijo Gomez.

Los soldados de Gomez cogieron á *ese.*

—¿Y usté, qué es? le preguntó Gomez al preso.

—Yo, nada.

—Pues tenga, y le disparó su revólver en la frente.

Ese cayó á sus piés, y Gomez, antes de moverse, sopló el cañon de su pistola que humeaba; quitó con la uña el fragmento de cápsul de la chimenea y guardó el arma.

Volvióse á su segundo y le dijo con tono reposado:

—¿Vamos á echar una jugada, amigo?

—Como quiera, gefe, le dijo el segundo.

Y entraron al cuartel.

Gomez era hombre de muy pocas palabras; y no bastándole las cejas ni la inclinacion constante de la cabeza para graduar el foco de sus miradas, empleaba, como

acentuacion indispensable de su manera de ver, el ancha ala de su sombrero.

Desde la mirada abierta del niño que no parpadea ni con la amenaza de un puñal, hasta la mirada de Gomez, habia la misma distancia que hay entre la inocencia y el crímen.

El hombre depravado siente la penetrabilidad de sus retinas, y teme no encubrir bastante su alma al traves de esos diáfanos cristales de la vision.

Gomez hubiera prescindido de ver porque no lo miraran; su primera tendencia era abatir la mirada de su interlocutor, y nada exacerbaba tanto sus feroces instintos como una mirada escudriñadora.

El hombre á quien acababa de matar, no habia hecho otra cosa que fijarle la vista.

Estos actos, de incalificable barbárie, habian formado al rededor de Gomez la clave de su prestigio; no era el mas valiente de los suyos, pero era el mas cruel; no era el mas entendido, pero era el mas malo.

Sus palabras sabian á plomo, segun expresion de sus mismos soldados; porque segun hemos dicho, era muy comun que los periodos gramaticales de Gomez acabasen, no en punto sino en detonacion.

A esta ortografía debia Gomez su grado militar y su guerrilla y su preponderancia.

Nadie podia disputarle que no habia luchado contra el enemigo invasor, y mas de un periódico puso el grito en

el cielo, en un arranque de ingénuo patriotismo, exclamando:

"El invicto José María Gomez á la cabeza de cien valientes, mantiene vivo el fuego sagrado de la patria entre los ásperos breñales de la sierra de..... Todavía en esos corazones generosos, todavía en esas almas nobles no se apaga la fé del triunfo de México, no se extingue la idea de la justicia de una nacion libre, que lucha por su autonomía y su independencia."

No faltaba quien leyera á Gomez estas elucubraciones, ni faltaba á él el regocijo correspondiente al ver sancionada su conducta; de manera que lo único que á Gomez solia faltarle de vez en cuando, entre su conciencia y sus hechos, entre su pasado y su enmienda, era esto: un párrafo.

De cuyo útil adminículo se encargaba expontáneamente algun periodista desde su tranquila redaccion, á cuenta de mayor cantidad.

Como las piedras rodando se encuentran, Gomez y el Pájaro volvieron á encontrarse al cabo de tres años.

—¡Adios! ¿Y qué anda haciendo por aquí, amigo? le dijo el Pájaro á Gomez.

—Pues ya lo ve; aquí ando con la fuerza.

—¿Ya tiene fuerza?

—¡Pues no!

—¡Ah! ¡qué usté tan bueno!

—¡Y usté, por qué no!

—Yo soy paisano, amigo; ya sabe.

—¿Y por qué no se mete á la bola?

—¡Adios! conque yo andaba con los franceses!

—¿De traidor?

—No; qué!.....

—¡No digo! ¿Pues entonces de qué?

—Pues nada; viendo lo que Dios me daba.

—Venga á echar una almorzada conmigo. ¿O ya no somos amigos?.....

—¡Vaya! ¡pues cuándo no! ¡entonces!.....

Llegaron los dos amigos á un pueblo; se alojó la fuerza; el forragista pidió pasturas por cuenta de la pobre patria; los soldados tomaron todo lo que les hacia falta para seguir sosteniendo la independencia nacional, y Gomez y el Pájaro se proporcionaron una buena cantidad de enchiladas y una tina de pulque para proceder con acierto en el curso de las ciencias políticas y otros primores que Gomez iba á comunicar al Pájaro.